

Fecha de recepción: 18/02/2025

Fecha de aceptación: 18/11/2025

Causas de la Segunda Guerra Mundial: una visión geopolítica

Causes of the Second World War: A Geopolitical Perspective

DAMIÁN CARCA

Universidad del Salvador, Universidad Torcuato Di Tella, Argentina
damian_carca@hotmail.com

Resumen

La Segunda Guerra Mundial fue el resultado de una serie de factores geopolíticos y decisiones estratégicas que condujeron al colapso del orden internacional establecido tras la Primera Guerra Mundial. Este artículo analiza el proceso de rearme y expansión alemana desde una perspectiva realista, explorando cómo las potencias occidentales toleraron el ascenso de Alemania con la expectativa de que actuara como un contrapeso contra la Unión Soviética. A través del estudio de tratados, discursos y decisiones diplomáticas clave, se examina cómo la política de apaciguamiento y la fragmentación de Europa Central facilitaron el estallido del conflicto global.

Palabras clave: Segunda Guerra Mundial – Alemania – Unión Soviética – geopolítica – apaciguamiento

Abstract

World War II resulted from a series of geopolitical factors and strategic decisions that led to the collapse of the international order established after World War I. This article analyzes Germany's rearmament and expansion process from a realist perspective, exploring how Western powers tolerated its rise with the expectation that it would counterbalance the Soviet Union. By examining key treaties, speeches, and diplomatic decisions, this study highlights how appeasement policies and the fragmentation of Central Europe facilitated the outbreak of global conflict.

Keywords: World War II – Germany – Soviet Union – geopolitics – appeasement

Introducción

No se debe nunca dejar nacer un desorden para evitar una guerra, porque esta no se evita, sino que se difiere con desventaja propia.

Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, 2005

La frase de Nicolás Maquiavelo ilustra de manera precisa lo que ocurrió durante el período de entreguerras, entre 1919 y 1939. En aquel tiempo, los vencedores de la Gran Guerra deberían haber mantenido a una Alemania integrada en el sistema internacional, pero contenida, de manera similar a lo que sucedió con Francia después de las guerras napoleónicas. Si Alemania intentaba desafiar el nuevo orden establecido, las naciones circundantes se tendrían que haber puesto de acuerdo para frenarla. Sin embargo, nada de eso sucedió. El Tratado de Versalles intentó mantener a Alemania débil y fragmentada, de manera análoga a lo que ocurrió con el mapa europeo después de la paz de Westfalia. En ese esquema, al debilitarse el centro europeo, se volvió propenso a las amenazas bolcheviques, levantamientos nacionalistas y a las reivindicaciones territoriales de los países vecinos. Con el tiempo, este mapa se fue desordenando y a

la larga trajo consigo la inevitable guerra. La seguridad colectiva, nacida del idealismo wilsoniano, tuvo poco efecto en este periodo. Primero, el jugador más importante, Estados Unidos, no logró formar parte de ella. Segundo, los países que la integraron nunca alcanzaron la fuerza militar suficiente para aplicar la función para la cual fue creada. Con el tiempo, se permitió que países como Japón e Italia actuaran con total impunidad al anexarse nuevas regiones del planeta, y posteriormente, Alemania lograría lo propio. Entonces, no podemos dejar de preguntarnos: ¿qué llevó a los países a una nueva guerra?

Como bien mencionamos anteriormente, una Alemania debilitada podría tener una cierta tendencia a inclinarse hacia el bolchevismo. Durante el periodo de 1919, estallaron revoluciones de carácter comunista dentro del territorio alemán, las cuales lograron establecer repúblicas independientes, como la socialista de Baviera. Sin embargo, esta última fue recuperada por la fuerza, gracias a las milicias paramilitares en colaboración con el ejército. Ante esta situación, comenzó a surgir la idea de que se había cometido un error al privar a los alemanes de tanta fuerza. Como comentaría Winston Churchill en aquel entonces: "Probablemente constituya para nosotros la única garantía de seguridad si Alemania sale de la guerra más fuerte de lo que entró" (Tooze, 2014; Churchill 2021). Pero no fue hasta la victoria bolchevique en la guerra civil rusa que comenzó a percibirse como una amenaza el avance del comunismo y su infiltración en los países occidentales.

La política exterior alemana comenzó a desarrollar una estrategia geopolítica para aprovechar la situación internacional de aquel entonces. Si querían asustar y presionar a Occidente para obtener concesiones, debían mostrar acercamiento hacia la Rusia comunista. Dicha relación se concretó en dos eventos: el primero fue con la ocasión de la guerra ruso-polaca de 1919-1921, en la cual Alemania se comprometió a no dejar pasar armamento francés, que querían ser enviados hacia los polacos por territorio alemán. A cambio de ello, Lenin no amenazó a Prusia oriental, que estaba prácticamente desprotegida. El segundo fue con el tratado de Rapallo, como se detallará más adelante.

Aquel fue el primer acercamiento germano-soviético y duraría hasta 1931. Pero lo más importante fue el impacto que tuvo en las democracias occidentales. George Lloyd George, primer ministro británico, dijo al respecto "con una población acumulada de más de doscientos millones de personas, la unión de la pericia técnica de Alemania y los recursos en materias primas y mano de obra de Rusia planteaba un peligro terrible para la paz de Europa" (Fest, 2005), y va a ser en ese momento en el que a los alemanes se los va a volver a integrar al sistema internacional para apartarlo de la órbita comunista. Incluso el jefe del Alto Estado Mayor francés, Gamelin, preguntó, consternado, en una conversación con dirigentes británicos: "¿Quién nos garantiza que Alemania no será después bolchevique? Si eso llegaba a pasar, los cosacos acabarían por dominar Europa" (Fest, 2005).

Fortalecer nuevamente a Alemania se volvió una prioridad, para convertirla así en un baluarte contra el bolchevismo:

Los intereses políticos del Imperio británico preocupaban de manera aún más patente a Churchill cuando defendió la idea de que se debía hacer de la Alemania derrotada un baluarte firme contra los peligros del bolchevismo, una "barrera colmada de fuerza pacífica, legal y paciente contra la marea de la barbarie roja que se acerca desde Oriente".

(Nolte, 2001)

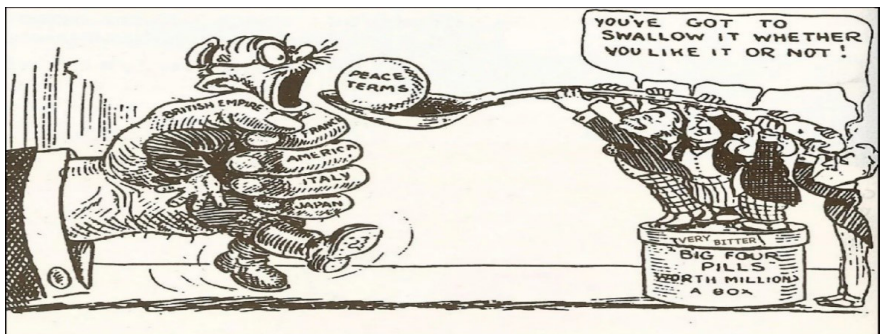
Además, los intereses geopolíticos alemanes desde la Primera Guerra Mundial y subsiguientes, apuntaban hacia la conquista del este. En un documento del general del ejército imperial Hans von Seeckt, quien sería jefe del Estado Mayor del Reichswehr (1920-1926) este apuntaba lo siguiente:

Todas las fuerzas de tierra deberán dirigirse contra Rusia después de hacer la paz por separado con Francia y con Bélgica. Deberán ser conquistadas extensas zonas, y su población expulsada. Las tierras serán distribuidas entre un millón o más de excombatientes, variando la cuantía de los lotes individuales de acuerdo con su rango. La guerra costará probablemente a Alemania un millón de hombres. Frente a esto, ¿qué puede importar expulsar a veinte millones de hombres, incluyendo toda esa chusma de judíos, polacos, masurios, estones, letones, lituanos, etc.? (Parker, 1987)

Hitler enunciaba las mismas ideas en Mein Kampf. Entonces, si se fortalecía a Alemania, ¿estos se convertirían en los paladines que eliminarían la amenaza roja?

En el siguiente trabajo se analizará cómo se llegó hacia el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, analizando esta cuestión del crecimiento alemán desde una óptica realista y geopolítica. Primero, se tomará como punto de partida el año 1922, en el cual Alemania rompió con el aislamiento impuesto por la paz de Versalles. Luego, se analizará cómo la hábil diplomacia germana jugó adecuadamente sus cartas para poder insertarse nuevamente en la mesa de las potencias occidentales y comenzar a fortalecerse, y se verá la importancia geopolítica del centro europeo o la *Mitteleuropa* (Brzezinski, 1997) y el por qué fue fundamental reforzar esa zona, para seguir con la total destrucción del sistema de Versalles con el visto bueno de las democracias occidentales. Por último, finalizará con el preludio a la Segunda Guerra Mundial y lo que significó el pacto de no agresión germano soviético de 1939.

En todo ello, se tratarán de responder las siguientes cuestiones: ¿se le dejó a Alemania rearmarse para que atacara a la Unión Soviética y así barriera con la amenaza del comunismo? ¿Esperaban las potencias occidentales que si ocurría esa guerra ambas naciones se terminarían despedazando mutuamente y luego recogerían los despojos?



Caricatura satírica británica publicada en 1919, en la que se critica la dureza del Tratado de Versalles con Alemania. Los "cuatro grandes" (de izquierda a derecha, Vittorio Emanuele Orlando, David Lloyd George, Georges Clemenceau y Woodrow Wilson) le obligan a tragar a una Alemania estrujada por las potencias vencedoras, le guste o no, la muy amarga píldora de las condiciones de paz (Sánchez, 2019).

El resquebrajo de Versalles

Al finalizar la Primera Guerra Mundial las potencias vencedoras se enfrentaron al dilema de qué hacer con los alemanes. Francia abogaba por una Alemania débil y, en lo posible, fragmentada, algo que tenía reminiscencias al mapa creado en la paz de Westfalia, en donde un centro europeo dividido servía a los intereses franceses. El imperio británico, tratando de mantener el equilibrio de poder en el continente, no podía aceptar que los galos quedaran como el país dominante, en algún momento tendría que permitir a los alemanes reforzarse para que sirvieran de contrapeso. Por el momento, tendría que esperar a que las circunstancias lo indicaran. Y Estados Unidos pretendía que se lo aceptara como nuevo Estado democrático a la nueva república de Weimar y se lo insertara dentro del nuevo orden internacional. Los consejos estadounidenses fueron desoídos a tal punto que el nuevo presidente electo Warren G. Harding, con el aval del Congreso de Washington, terminó firmando una paz por separado con los germanos (Esposito, 1967).



Detalle de los objetivos de los países victoriosos de la Primera Guerra Mundial con respecto a Alemania.

Tratar de mantener aislado a un país de la capacidad técnica y humana de Alemania supuso un gran error, ya que eso empujaba a los alemanes hacia los brazos de los soviéticos. Como bien comentaría Vladimir Lenin al analizar la situación alemana en 1920, "El gobierno burgués alemán odia ciegamente a los bolcheviques, pero los intereses de la situación internacional lo están empujando hacia una paz con la Rusia soviética" (Kissinger, 1994; Keenan, 1947).

Dicho acercamiento se concretó en 1922 con el Tratado de Rapallo. En este, Alemania quebrantaba el aislamiento impuesto por Versalles y restablecía relaciones comerciales y diplomáticas con la Unión Soviética. En una cláusula secreta, se acordó que el ejército alemán podría entrenar reclutas en suelo ruso y establecer instalaciones militares, como una escuela de carros de combate y de aviación. A cambio, el Ejército Rojo se beneficiaría del intercambio técnico.

Aquel pacto representó una jugada geopolítica brillante: por un lado, avivaba los temores occidentales de una alianza entre Rusia y Alemania, al mismo tiempo que aislaba y cercaba a los países bálticos, especialmente a Polonia, percibido como una anomalía por germanos y soviéticos. Como consecuencia, mediante una serie de negociaciones y acuerdos, como los de Locarno de 1925, se logró que Alemania recuperara su reconocimiento como nación y fuera insertada en el nuevo orden europeo. Además, los alemanes también reconocieron formalmente que Alsacia y Lorena formaban parte de Francia

y renunciaron a reclamar dichos territorios. Sin embargo, nunca se pronunciaron acerca de Europa oriental, una ambición anhelada por la cúpula militar y los círculos de la derecha alemana.

También, como bien mencionan Kissinger (1994) y Parker (1987), se logró generar una escisión en la entente franco-británica, a tal punto que durante los años siguientes los británicos comenzaron a dar más concesiones a los alemanes y se distanciaron cada vez más de los intereses franceses. Gustav Stresemann, el hábil diplomático que llevó las riendas de la política exterior de la república de Weimar entre 1923 y 1929, comentó sobre este logro:

Nuestra política con respecto a la oferta de seguridad ha sido indudablemente correcta: pone a salvo a Renania contra la pervivencia de una política persecutoria por parte de Francia, ha dado al traste con la Entente y ofrece nuevas posibilidades en el este. (Kissinger, 1994; Parker, 1987)

Los alemanes comenzaron a infringir el Pacto de Versalles mucho antes de la ascensión del nazismo al poder. Con el paso de los años, esta transgresión se intensificó durante el último periodo del gobierno democrático y alcanzó su punto culminante bajo el liderazgo de Adolf Hitler. Además, como se expondrá más adelante, también obtuvieron la aprobación para crear una fuerza aérea y una flota de guerra.

La importancia geopolítica del centro de Europa

El comienzo de la década de 1930 trajo consigo la crisis de Wall Street, que afectó profundamente a Europa y reavivó el temor a una revolución comunista. Además, surgieron los primeros conflictos bélicos de carácter expansionista, los cuales evidenciaron que la Liga de las Naciones, creada como un leviatán global, carecía de la capacidad de acción para la cual fue concebida. Esto es crucial para entender por qué países como Japón, Italia y Alemania lograron alcanzar sus objetivos territoriales prácticamente sin enfrentar consecuencias.

La república de Weimar, en los primeros años de la década de 1930, sufrió también los efectos económicos de la caída de la bolsa de Wall Street. A nivel geopolítico, una Alemania que no fuera suficientemente fuerte no tendría la capacidad de funcionar como baluarte de un posible avance del comunismo. La historia había demostrado que cuando el centro europeo (*Mitteleuropa*) estaba debilitado, eso permitía el avance de los países del este o viceversa. Tales casos fueron, por ejemplo, el crecimiento de Prusia, Rusia y Austria, que devoraron el centro europeo en el siglo XVII o el avance francés durante las guerras napoleónicas (Kissinger 1994; 2014).

Sir Harold Mackinder, considerado el padre de la geopolítica, habría propuesto, al finalizar la Primera Guerra Mundial, la creación de un cordón sanitario (Kaplan, 2014) contra la Unión Soviética mediante una serie de Estados democráticos e independientes. Con el correr de la década de 1920 y 1930 muchos de estos países se volcaron hacia dictaduras anticomunistas.

¿Pero cuánto podría durar ese cordón sin una fuerza regional capaz de empujar y mantener el cerco antibolchevique? Como bien describieron magistralmente George Keenan (1947) y luego Richard Nixon

(1981), el pueblo ruso culturalmente tiende a la expansión de carácter defensivo, debido a que fueron atacados a lo largo de toda su historia (mongoles, suecos, franceses y luego alemanes) y la nueva crisis podría propiciar el escenario ideal para un nuevo avance soviético.

Durante los últimos años de la década de 1930, podemos observar cómo se intenta evitar cualquier expansión comunista que pudiera rebasar la *Mitteleuropa*. El ejemplo más claro que podremos observar es la guerra civil española, donde, gracias a la asistencia de Alemania e Italia, los militares españoles pudieron derrotar a los socialistas legalmente electos como gobierno y tomar el poder para instaurar una dictadura de corte casi fascista. No se debe olvidar que el avión que llevó a Francisco Franco desde Canarias hacia Marruecos para liderar a los militares partió específicamente desde Gran Bretaña. La jugada geopolítica, como mencionamos anteriormente, tenía como objetivo evitar una amenaza comunista que rebasara el baluarte germano. Los ingleses, grandes arquitectos de la política del equilibrio de poderes, durante esta década trataron de maniobrar para seguir reforzando este centro.

Después de la Segunda Guerra Mundial, sería Alemania Occidental la que cumpliría este cometido y luego, con el fin de la Guerra Fría, lo sería la expansión de la OTAN durante la década de 1990 y subsiguientes, pero con la intención de contener a la nueva Federación Rusa.



Mapa de la división geopolítica de Europa, Wikipedia.

Soltando la cadena

En los últimos tiempos de la República de Weimar, el gobierno alemán se había propuesto dos objetivos: el primero de ellos era dejar de pagar las reparaciones de guerra, logrado durante la cancelación de Franz von Papen (Evans, 2005; Parker, 1987). El segundo tenía que ver con la cuestión del rearme, ante la cual los alemanes venían presionando a la Liga de las Naciones para que se les permitiera volver a armarse. Sin embargo, esta meta se alcanzaría con la llegada de Adolf Hitler al poder. Es aquí donde podemos cuestionar cierta actitud de los países occidentales, ya que podrían habérselo evitado y, sin embargo, apostaron por lo contrario. ¿Confiaban, entonces, tanto las democracias occidentales que, si permitían el rearme alemán, el *Führer* destruiría al comunismo como había declarado constantemente en sus discursos?:

"Y, ya sabemos que los amos judíos del soviét nunca terminarán de inmiscuirse en nuestros asuntos internos; estamos obligados a considerar al bolchevismo como nuestro enemigo mortal, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. Por esto estuvimos obligados a combatir el bolchevismo dentro de Alemania como una ideología que trata de envenenar a nuestro pueblo para así destruirlo". (Hitler, 1936)

Como bien resalta Jorge Luis Borges (2023), "No nos une el amor, sino el espanto" y ese miedo, en aquel entonces, seguía siendo la amenaza comunista:

Lord Edward Halifax, entonces todavía lord del Sello Privado y al poco tiempo ministro de Relaciones Exteriores, visitó a Hitler en el Obersalzberg el 19 de noviembre de 1937, es probable que en su fuero interno haya estado de acuerdo con éste: la verdadera catástrofe era el bolchevismo; todo lo demás tenía arreglo. Desde el comienzo de la conversación calificó a Alemania de "baluarte" del Occidente contra el bolchevismo. (Nolte, 2001; Parker, 1987)

En el *Daily Mail* lord Rothermere escribió que no debía considerarse la victoria de este hombre como si constituyese únicamente una amenaza y un peligro, sino reconocer que él "(...) ofrecía bastantes ventajas. Está levantando un valladar cada vez más fuerte contra el bolchevismo. Está descartando el grave peligro que suponía el que la campaña soviética contra la civilización europea penetrara hacia Alemania" (Fest, 2005).

Es menester tener presentes estas ideas, ya que, de lo contrario, no podemos comprender cómo es que Gran Bretaña permitió a los alemanes, a través del acuerdo anglo-germano naval de 1934, volver a tener una flota de guerra, la cual había sido la causa por la cual ambos países se habían enemistado antes de la Primera Guerra Mundial. Luego de la firma de dicho tratado, Antony Eden, el entonces ministro de relaciones exteriores inglés, declaró lo siguiente: "Estamos tan lejos de querer cercar a Alemania que tratamos de obtener su cooperación con otras naciones tanto en la esfera económica y financiera como en la política. No queremos bloques ni barreras en Europa" (Parker, 1987). Es decir, le estaban soltando las cadenas.

Además, ese mismo año, entre Francia, Italia, Alemania y los ingleses, se firmó el Pacto de los Cuatro, un acuerdo de buenas intenciones y colaboración. Entre 1936 y 1939, se inició el inexorable ascenso del poder alemán, y las potencias occidentales, que hasta entonces creían tener bajo control a Hitler, se percataron tardíamente de que habían desencadenado una nueva amenaza.

El primer desafío alemán

Como bien habíamos comentado anteriormente, el sistema de Versalles empezó a ser vulnerado mucho antes de la llegada del nazismo al poder. Esto se evidenció con los entrenamientos de tropas ilegales en suelo ruso, la interrupción en el pago de las reparaciones de guerra y, posteriormente, con Hitler consolidado como el nuevo canciller de Alemania, se llevó a cabo abiertamente el rearme. Además, con el acuerdo anglo-germano naval, se amplió la capacidad de producción y adquisición de barcos y submarinos: se sentían lo suficientemente fuertes como para iniciar reclamaciones territoriales.

Este sentimiento de fortaleza se debió, en parte, a que el sistema internacional de seguridad colectiva no actuó con firmeza, ni cuando Japón anexó Manchuria en 1931 ni cuando Italia conquistó Etiopía. Esto generó en el *Führer* y su entorno la impresión de que las potencias occidentales carecían de capacidad para aplicar medidas punitivas. Por ello, en 1936, tomaron la trascendental decisión de retomar la zona rica en minerales de la Renania, la cual había sido ocupada por tropas francesas, según los acuerdos del pacto de Versalles. Aquella fue una gran victoria moral para Hitler, ya que no solo recuperaron un territorio que les pertenecía, sino que los franceses, a pesar de poseer una mayor capacidad bélica, prefirieron no responder por la fuerza y se retiraron. Sin el apoyo explícito de Gran Bretaña, los dirigentes de Francia no se atrevían a actuar, y la respuesta inglesa fue la siguiente:

aunque el pueblo británico estuviese dispuesto a luchar por Francia en caso de una incursión alemana en territorio francés, no recurriría a las armas por la reciente ocupación de Renania [...]. Casi todos ellos [los súbditos británicos] probablemente adoptaron la opinión de que les importaba «un bledo» el hecho de que Alemania reocupara su propio territorio. (Kissinger, 1994)

Tanto ingleses como franceses aún poseían una ventaja significativa de fuerzas, y si se hubieran unido, podrían haber repelido esta muestra de fuerza alemana. Sin embargo, como esa zona era necesaria para la industria bélica alemana, quizás lo mejor era que la retomaran, y ahora era el momento de empujar a los alemanes hacia el este. Como bien comentó Pierre Laval, ministro de Relaciones Exteriores de Francia en 1936, ante el embajador alemán en París: "insinuó que esperaba que Alemania atacara a Rusia en el futuro, «después de todo, ustedes están decididos a hacerles una jugarreta a los bolcheviques un día de éstos»" (Fest, 2005).

TABLE 8.6
Manpower in European Armies, 1933-38

	1933	1934	1935	1936	1937	1938
United Kingdom	195,256	195,845	196,137	192,325	190,830	212,300
France	558,067	550,678	642,875	642,785	692,860	698,101
Germany	102,500	240,000	480,000	520,000	550,000	720,000
Italy	285,088	281,855	1,300,000	343,000	370,000	373,000
Soviet Union	534,657	940,000	1,300,000	1,300,000	1,433,000	1,513,000

Mano de obra en los ejércitos europeos (Mershaimer, 2001).

Hacia el este

Durante la guerra civil española (1936-1939), Alemania respaldó a Francisco Franco, enviándole tropas. En ese período, Hitler tuvo la oportunidad de poner a prueba su nuevo ejército modernizado, el cual desempeñó un papel decisivo en la victoria de las fuerzas militares españolas. Con una fuerza militar renovada, el líder alemán se sentía lo suficientemente fuerte como para comenzar con sus aspiraciones de los territorios del este europeo, espacio que era considerado por los intelectuales geopolíticos alemanes, tales como Karl Haushofer, como su área principal de influencia o *Lebensraum* ("espacio vital"). El primer objetivo iba a ser Austria.

Desde el final de la Primera Guerra Mundial, los austriacos habían solicitado unirse a Alemania, pero los tratados de Versalles y Saint-Germain se lo impidieron. Hitler, siendo austriaco, deseaba cumplir con esa unión para consolidar la antigua aspiración de los Habsburgo de crear la *Grossdeutschland* ("Gran Alemania"), aunque, en este caso, bajo la égida del nacionalsocialismo. Las condiciones eran más que favorables para alcanzar dicha meta. Las potencias occidentales no parecían tener la capacidad de contener nuevamente a los alemanes, y el único país que podía evitar la expansión alemana hacia el este era Italia, que tenía su *spazio vitale* definido en los Balcanes. Sin embargo, ambas naciones se habían unido en una alianza conocida como el Eje Roma-Berlín (1936). Aun así, Hitler parecía no querer avanzar sin la consideración de Gran Bretaña. La confirmación llegaría por dos vías: la primera, a través de Lord Halifax, que, en ese momento, siendo secretario de Relaciones Exteriores, comentó a Hitler que "Inglaterra estaba interesada en que cualquier alteración se hiciera mediante una evolución pacífica, y se evitaran los medios que pudiesen causar perturbaciones de largo alcance" (Kissinger, 1994; Parker, 1987). Incluso días antes de que se produjera la anexión, también informó a Viena de que "no emprendiese ninguna acción que pudiera exponerle a un peligro frente al cual Inglaterra era 'incapaz de garantizar protección'" (Parker, 1987). La segunda, de Joachim von Ribbentrop, quien en ese momento era embajador alemán en Londres, le informó a Hitler "los ingleses no sentían inclinación alguna por luchar en defensa de las fatales reliquias del tratado de Versalles. Y sin Inglaterra, Hitler sabía que tampoco Francia se

arriesgaría" (Fest, 2005).

Después de algunas maniobras de intimidación hacia el líder y canciller del gobierno austriaco, Kurt von Schuschnigg, con el fin de disuadirlo de tomar medidas en contra de la entrada de tropas alemanas, Hitler ingresó con su ejército y fue recibido como un salvador. Poco después, se llevó a cabo un plebiscito para aceptar la anexión formal, y Austria pasó a llamarse *Ostmark* ("Marca del Este"), formando parte de esta nueva Gran Alemania. Sin embargo, las ansias de Hitler de unir a todos los alemanes no terminarían allí. Su nuevo objetivo fue dirigirse hacia la región de los Sudetes de Checoslovaquia, donde existía una minoría alemana. Si los alemanes lograban el objetivo de tomar Checoslovaquia estarían cada vez más cerca de las fronteras soviéticas. Stalin comprendió que las potencias occidentales parecían no querer frenar esa tendencia o, al menos en apariencia, parecían intentar aplacar estos avances territoriales. Las primeras semanas de octubre de 1938, Hitler comenzó a presionar para obtener la tan deseada región del país checo e incluso, por primera vez, amenazó con desatar una guerra.

El país checo en ese entonces tenía la protección tanto de Francia como de la Unión Soviética mediante acuerdos de alianza. Sin embargo, el primer ministro francés Édouard Daladier decidió no honrar esos pactos. "Daladier se lamentó pronto, cortejado por Hitler con muchas atenciones, de la terquedad de Benes (presidente de Checoslovaquia 1935-1938) y de la influencia de los excitadores a la guerra en Francia" (Fest, 2005).



"¿Qué? ¿No hay silla para mí?". Caricatura inglesa de David Low, 1938, sobre la exclusión del líder soviético Joseph Stalin de la Conferencia de Múnich para dividir Checoslovaquia. Fuente: Historical Picture Archive.

Esto dejaba cada vez más aislada a la Unión Soviética. Además, los franceses, al no cumplir con el pacto defensivo, dejaban solo dos opciones a Moscú: honrar aquel acuerdo y enfrentarse solo a los alemanes, lo cual implicaba que tendría que pedir permiso para pasar por Polonia, país con el cual no tenían buenas relaciones. En 1937 el gobierno polaco decretó la Orden No. 2304/2/37, en la cual se estipulaba la destrucción de Rusia "La desintegración de Rusia constituye el fundamento de la política de Polonia en el Este... La tarea consiste en prepararse bien físicamente e intelectualmente de antemano... La misión principal es debilitar y derrotar a Rusia" (Sputnik, 2015). Es decir, también podría generar que atacaran a los soviéticos si intentaban enviar ayuda militar a Checoslovaquia. Así que Stalin optó por su segunda opción: mantenerse al margen y ver cómo cada vez más lo cercaban. Pronto, su pesadilla de encontrarse completamente rodeado por una coalición anticomunista se volvería realidad si no maniobraba para romper ese cerco:

De acuerdo con los soviéticos el gobierno inglés pretendía inducir al fascismo alemán a agredir a la Unión Soviética, y Stalin le comentó al embajador estadounidense Davies que, tras la política de los elementos reaccionarios en Inglaterra, la cual era defendida por el gobierno de Chamberlain, se ocultaba en última instancia la intención de fortalecer a Alemania contra Rusia. (Nolte, 2001)

Si observamos el siguiente mapa, podremos ver que el líder comunista no estaba tan equivocado. La mayoría de los países del este de Europa estaban dominados por regímenes autoritarios o dictaduras, todas ellas anticomunistas. Checoslovaquia era la excepción, pero en los últimos tiempos, y sobre todo después de la crisis de Wall Street, el partido comunista checo había comenzado a crecer, lo cual se consideraba una amenaza, sobre todo si este país caía bajo la órbita comunista. Como veremos más adelante, el dirigente soviético tendría una jugada para salvarse momentáneamente de esa situación.



La Europa de las dictaduras (Duby, 2007).

Para solucionar la cuestión de Checoslovaquia, se acordó, a través de Benito Mussolini, realizar una conferencia entre Italia, Alemania, Francia y Gran Bretaña. Esta tuvo lugar en Múnich, el 30 de septiembre de 1938, y en ella se decidió la partición del país checo. Todavía se sigue criticando a Neville Chamberlain, quien en ese momento era el primer ministro británico, por haber aceptado dicha partición. Pero, en última instancia, ¿acaso no aplicó las mismas políticas que venían haciendo sus predecesores? Se estaban otorgando concesiones a los alemanes desde antes de la llegada de los nazis al poder.

Al año siguiente, Hitler, quien había dado su palabra de honor al primer mandatario británico de que no iba a violar la integridad territorial de los checos, invadió el resto de Checoslovaquia ante la mirada atónita de las democracias occidentales y la dividió en dos regiones: la parte occidental se conocería como el Protectorado de Bohemia y Moravia, mientras que la oriental se llamaría República de Eslovaquia. Luego, Mussolini se anexaría Albania sin consultar a ninguno de los dirigentes europeos, liquidando así la última democracia de la Europa del suroeste y completando el candado antisoviético junto con la *Mitteleuropa*.

La era de Versalles había pasado a la historia, como se decía en un memorándum del *Foreign Office*, de fecha 21 de marzo de 1934: "si debe existir algún entierro, es preferible celebrarlo mientras Hitler se halle dispuesto a pagar los servicios del sepulturero" (Fest, 2005).

Preludio a la guerra

Quedaba por ver hacia dónde dirigiría Hitler sus ejércitos: si realmente iba a destruir el comunismo, como había proclamado desde que llegó al poder, o si optaría por vengarse de Occidente. Todo indicaba lo primero, no solo debido a las concesiones obtenidas de las democracias occidentales, sino también a los acuerdos de cooperación y no agresión firmados, tanto con estas como con los países bálticos (Polonia, Letonia, Estonia, Lituania). Sin embargo, Stalin creía que podía intentar inclinar al líder alemán hacia el oeste.

Cuando el 4 de octubre de 1938 el embajador de Francia visitó el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético para explicar el Acuerdo de Múnich, fue saludado por Vladimir Potemkin, subcomisario de Exteriores, con estas amenazadoras palabras: "Mi pobre amigo, ¿qué han hecho ustedes? Por nuestra parte, no veo otro resultado que una cuarta partición de Polonia" (Kissinger, 1994). Aquella frase era una reminiscencia de lo que Federico el Grande y Catalina la Grande habían hecho en el siglo XVIII para mantener el equilibrio de poderes entre ambas naciones. Después de los acuerdos de Múnich, los soviéticos se encontraban cada vez más acorralados, y tenían que apostar por tentar a Hitler con el premio polaco. Tanto alemanes como rusos odiaban al nuevo Estado polaco, considerándolo una creación del Tratado de Versalles con la cual les habían arrebatado territorios a ambas naciones. ¿Pero había una posibilidad de un acercamiento germano soviético? ¿Era tan irreconciliable el nazismo con el comunismo? Cuando hay intereses la ideología no tiene relevancia. En su ceguera, las democracias occidentales creyeron que nunca se daría tal situación, pero sobrestimaron los deseos de Hitler. Incluso el *Foreign Office* advirtió lo siguiente: "Sin duda, Polonia debe de caer, cada vez más, dentro de la órbita alemana. La Rusia soviética... No puede convertirse en aliada de Alemania en tanto Hitler viva" (Taylor, 1961).

La situación para dicho acercamiento la generarían también Francia y Gran Bretaña al darle garantías a Polonia de que iban a defender su integridad territorial. Aun así, Hitler no deseaba enemistarse con los británicos por la cuestión polaca, "No quiero nada del Oeste... Pero tengo que tener las manos libres en el Este... Deseo vivamente vivir en paz con Inglaterra y concluir con ella un pacto definitivo que garantice todas sus posesiones en el mundo y que permita una mutua colaboración" (Taylor, 1961), e intentó acercarse de varias maneras al gobierno de Polonia para solucionar la cuestión de Danzig. Entonces los soviéticos encontraron la ocasión perfecta para poder darle algo al *Führer* que las democracias occidentales no podían: la recuperación de los territorios bálticos y la unión con Prusia Oriental.

Para poder negociar con los alemanes, Stalin dio muestras de acercamiento de forma indirecta (Kissinger, 1994; Nolte, 2001). Entre ellas, destituyó a su ministro de Relaciones Exteriores Maksim Litvínov (quien era judío), y lo reemplazó por Viacheslav Mólotov. Además, en una entrevista para el *News Chronicle*, el dirigente soviético expresó:

"Es evidente que el gobierno soviético no tiene la intención de prestar ninguna ayuda a Gran Bretaña y Francia si entran en conflicto con Alemania e Italia [...] Desde el punto de vista del gobierno soviético, no hay gran diferencia entre las posiciones de los gobiernos británico y francés, por una parte, y del alemán e italiano por otra, que justificara graves sacrificios en defensa de la democracia occidental". (Kissinger, 1994)

En aquella nota dio a entender que no tendría inconvenientes en negociar con los gobiernos fascistas. Unas semanas antes del acercamiento germano-soviético en el Congreso número XVIII del Partido Soviético, pronunció un discurso, en el que especificó que no le sacaría las castañas del fuego a las democracias occidentales:

en el que repartía sus reproches por partes iguales entre ambos bandos, sin dejar de imputar a las potencias occidentales la intención de incitar a Alemania contra la Unión Soviética para luego presentarse en el lugar de los hechos con tropas frescas y dictar sus condiciones a los debilitados contrincantes de la guerra. En todo caso, afirmó que la Unión Soviética se negaba a "sacar las castañas del fuego" para los instigadores de la guerra. Tres semanas después, Hitler utilizó la misma metáfora de las castañas en un discurso dado en Wilhelmshaven. (Nolte, 2001)

Al poco tiempo, sucedió lo impensable: Alemania y la Unión Soviética firmaron el Pacto de no Agresión Ribbentrop-Molotov, con el cual no solo se realizó la cuarta partición de Polonia, sino que Stalin también logró empujar a Hitler hacia Occidente. El desmembramiento del Estado polaco iba a provocar la reacción británica y francesa, haciendo inevitable la guerra para las democracias occidentales. Habría que esperar unos años para que el conflicto se llevara luego a Oriente.

Lo último que podemos agregar sobre aquel acuerdo, y el por qué Stalin jugó esa carta, son las palabras del historiador británico A. J. P. Taylor (1961): "Francia y Gran Bretaña intentaron arrastrar a Rusia a una guerra, enfrentándola sola a Alemania, pero Stalin, con una decisión brillante, logró evitar el peligro en el último momento".

Conclusiones

El recorrido histórico presentado permite evaluar con mayor claridad la conducta de las potencias occidentales frente al resurgimiento alemán en el período de entreguerras. A partir de las fuentes analizadas, puede afirmarse que el temor al avance bolchevique operó como un condicionante geopolítico central para Londres y, en menor medida, para París. Este marco explica por qué, aun antes de la llegada del nazismo al poder, Gran Bretaña adoptó una postura cada vez más flexible hacia Alemania y toleró violaciones crecientes al sistema de Versalles. La premisa subyacente, expresada por figuras como Churchill, Halifax o Rothermere, era que una Alemania reconstituida funcionaría como un baluarte frente a la expansión soviética en la *Mitteleuropa*.

Francia, aunque inicialmente partidaria de mantener a Alemania debilitada, fue gradualmente acompañando este proceso. Lo hizo más por fragilidad estratégica y dependencia de la posición británica que por convicción propia; sin embargo, declaraciones como las del ministro Pierre Laval muestran que en ciertos sectores franceses también se concebía la posibilidad de que Alemania terminara enfrentándose a la Unión Soviética. En conjunto, y aunque con motivaciones diferenciadas, ambas potencias occidentales aceptaron un desmantelamiento progresivo del orden de Versalles que fortaleció al Tercer Reich.

Este cálculo partía de un supuesto erróneo: que el rearme alemán podía ser controlado y orientado según los intereses occidentales. Hitler, lejos de asumir el rol de baluarte anticomunista que se esperaba implícitamente de él, supo explotar las concesiones recibidas y maniobrar hasta romper por completo el equilibrio europeo. La firma del pacto Ribbentrop-Molotov evidenció que el dictador no estaba dispuesto a actuar como instrumento de ninguna potencia y que la Unión Soviética era capaz de subvertir el cerco estratégico que se estaba gestando a su alrededor. Al empujar a Alemania hacia Occidente, Stalin precipitó una guerra que las democracias europeas habían creído poder evitar o encauzar.

En síntesis, el fortalecimiento alemán no fue consecuencia de un apaciguamiento ingenuo, sino del intento occidental de gestionar el orden europeo bajo el prisma del temor al comunismo. Con ello, Londres y París contribuyeron, voluntaria o involuntariamente, a crear las condiciones para el ascenso del poder que luego las pondría en peligro. Tal como advertía Maquiavelo, quien facilita el crecimiento de un poder sin capacidad para contenerlo termina amenazado por él.

Bibliografía

Churchill, W. (2021). *La Segunda Guerra Mundial*. El Ateneo.

Duby, G. (2007). *Atlas histórico mundial*. Larousse.

Esposito, V. J. (1964). *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*. Editorial Diana.

Evans, R. J. (2005). *El Tercer Reich en el poder*. Península

Fest, J. (2005). *Hitler: Una biografía*. Editorial Planeta.

Hitler, A. (1933-1938). *Discursos 1933-1938*. Editorial Kamerad.

Kaplan, R. (2014). *La venganza de la geografía*. RBA Libros.

Kissinger, H. (2001). *La diplomacia* (2^{da} ed.). Fondo de Cultura Económica.

Kissinger, H. (2014). *Orden Mundial*. Debate.

Maquiavelo, N. (2005). *El Príncipe*. Alba Libros.

Mearsheimer, J. (2001). *The tragedy of great power politics*. University of Chicago Press.

Nixon, R. (1980). *La verdadera guerra*. Editorial Planeta.

Nolte, E. (2001). *La guerra civil europea 1917-1945: nacionalsocialismo y bolchevismo*. Fondo de Cultura Económica.

Parker, R. A. C. (1987). *El Siglo XX: Europa 1918-1945* (12^a ed.). Siglo XXI.

Taylor, A. J. P. (1961). *Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial*. Edición Digital Loto.

Tooze, A. (2014). *El diluvio*. Crítica.

Fuentes en línea

Datos del Partido Comunista Checo. (s. f.). Disponible en https://www.totalita.cz/vysvetlivky/s_ksc_02.php.

Kennan, G. (1 de julio de 1947). Las fuentes de la conducta soviética. *Foreign Affairs*. Disponible en https://www.foreignaffairs.com/russian-federation/george-kennan-sources-soviet-conduct?check_logged_in=1.

Low, D. (1938). "¿Qué? ¿No hay silla para mí?". *Granger Historical Picture Archive*.

<https://www.granger.com/results.asp?image=0065358>.

Patrón Sánchez, B. (27 de junio de 2019). Cien años del Tratado de Versalles. *Desperta Ferro*.

<https://www.despertaferro-ediciones.com/2019/cien-anos-del-tratado-de-versalles/>.

Sputnik Mundo. (15 de abril de 2015). Polonia responsable del estallido de la Segunda Guerra Mundial. *Sputnik News*. Disponible en

<https://sputniknews.lat/20150415/1037309761.html#:~:text=2304%2F2%2F37%2C%20a,polacos%20acusar%20a%20la%20URSS>.

Wikipedia. (s.f.). *Mitteleuropa*. *Wikipedia, la enciclopedia libre*. Recuperado el 18 de febrero de 2024. Fuente:

<https://es.wikipedia.org/wiki/Mitteleuropa>,